

Un nichito de madera ordinaria con un pedazo de vidrio, y dentro un santo de cera, que ya no se conoce quien es, por las injurias del tiempo.

Dos lienzos grandes que por la misma causa no descubren ya sus pinturas; pero sí el cotense en que las pusieron.

Dos pantallitas de palo, viejas, doradas una con su luna quebrada y otra sin nada.

Una papelera apollada.

Una caja grande, sin fondo ni llave.

Un baúl tiñoso, de pelo y muy anciano.

Una silla poltrona, coja.

Una guitarra de tejamanil sorda.

Unas despaviladeras tuertas.

Una pileta de agua bendita, de Puebla, despostillada.

Un rosario de Jerusalem, con su cruz embutida en concha, sin más defecto, que tres ó cuatro cuantas ménos en cada diez.

Un tomo trunco del Quijote, sin estampas.

Un Lavalle viejito y sin forro.

Un promontorio de novenas viejas.

Un candelero de cobre.

Una palmatoria sin cañon.

Dos cucharas de peltre y un tenedor con un diente.

Dos posillos de Puebla, sin asa.

Dos escudillas de idem y cuatro platos quebrados.

Una baraja embijada.

Como veinte relaciones y romances, y otros impresos sueltos.

Entre ollitas y cazuelas buenas y quebradas, doce piezas.

Un casito agujerado.

Un pedazo de metate,

Un molcajete sin mano.

La escobita del vasin.

La olla del agua.

El cántaro del pozo.

El palito de la lumbre.

La tranca de la puerta.

Una boreclana cascada.

Dos servicios útiles poco vacíos.

Todo esto para el Sr. casero, encargándole que si sobrare algun dinero, despues de pagada su deuda, lo invierta por bien de la difunta.

México, 15 de Noviembre de 1789.—*Pedro Sarmiento.*

Se daba al diablo el triste casero con semejante lista, mientras yo, segun os dije, me ocupaba en otras atenciones más precisas.

CAPITULO II

Solo, pobre y desamparado PERIQUILLO de sus parientes, encuentra con Juan Largo, y por su persuasion abraza la carrera de los pillos en clase de *cócora* de los juegos.



VIENDOME solo, huérfano y pobre, sin casa, hogar ni domicilio como los maldecidos judíos, pues no reconocia feligresía ni vecindad alguna, traté de buscar, como dicen, madre que me envolviera; y medio roto, cabizbajo y pensativo salí para la calle luego que entregué á la casera la lista de mis esquisitos muebles.

El primer paso que di fué ir á tentar de paciencia á mis parientes paternos y maternos, creyendo hallar entre ellos algun consuelo en mis desgracias; pero me engañé de medio á medio. Yo les contaba la muerte de mi madre y mi horfandad y desamparo, rematando el cuento con implorar su proteccion; y unos me decian que no habian sabido la muerte de su hermana: otros se hacían de

las nuevas: todos fingian condolerse de mi suerte; pero ninguno me facilitó el más mínimo socorro.

Despechado salia yo de cada casa de las de ellos, considerando que no habia tenido ningun pariente que tomara interes en mi situacion, sino mi difunta madre, á quien comencé á sentir con más viveza; al mismo tiempo que concebí un ódio mortal contra toda la caterva de mis desapiadados tíos.

¿Es posible, decia yo, que estos son los parientes en el mundo? ¿Tan poco se les da de ver perecer á un deudo suyo y tan cercano? ¿Estas son las leyes que se guardan en la naturaleza? ¿Así respeta el hombre los derechos de la sangre? ¿Y así hay locos que se fien en sus parientes?

Cuando vivia mi padre, cuando tuvo alguna proporcion é iban á casa á que los sirviera, estos mismos me hacian mil fiestas, y aun me daban mis medicillos para fruta, y si habia alguna diversioncita ó era, como dicen, dia de manteles largos, todos, todos iban de monton, y muchos sin esperar el convite; pero cuando estas cosas se acabaron, cuando la pobreza se apoderó de mi casa y ya no hubo que raspar, se retiraron de ella, y ni á mí ni á mi madre nos volvieron á ver para nada. No es mucho, pues, que ahora salga yo con tan mal expediente de sus casas. Todavía me debo dar las albricias de que no me han negado, ni me han echado á rodar las escaleras.

Si algun dia tengo hijos, les he de aconsejar que jamás se atengan á sus parientes, sino al peso que sepan adquirir. Este sí es el pariente más cercano, el más liberal, el más pronto y el más útil en todas ocasiones. Que otros parientes al fin son de carne y hueso como cualquier animal, ingratos, vanos, interesables é inservibles. Cuando su deudo tiene para servirlos lo visitan y lo adulan sin cesar; pero si es pobre como yo, no solo no lo socorren, sino que hasta se avergüenzan del parentesco.

Embebecido iba yo en estas consideraciones y temblando de có-

lera contra mis indignos deudos, cuando al volver una esquina ví venir á lo léjos á mi amigo Juan Largo. Un vuelco me dió el corazon de gusto, creyendo que tal encuentro no podia ménos que ser me feliz.

Luego que nos vimos cerca, me dijo él: ¡oh Periquillo, amigo! ¿qué haces? ¿Cómo estás? ¿Qué es de tu vida? Yo le conté mis cuantas en un instante, concluyendo con hartar de maldiciones á mis tíos. ¿Pues y qué te han hecho esos señores, me dijo, que estas con ellos de tan mal talante? ¿Qué me han de hacer, contesté yo, sino despreciarme y no favorecerme ninguno, olvidando que tengo sangre suya, y que á mi padre debieron mil favores?

Tienes razon, dijo Juan Largo: los parientes del dia son unos malditos y ruines. A mi me acaba de suceder un poco peor con el perro viejo de mi tio D. Martín. Has de saber, que desde que faltó de esta ciudad, que ya es cerca de un año, me he estado con él en la hacienda; pues un vaquero condenado me levantó el falso testimonio habrá quince dias, de que yo habia vendido diez novillos, y te puedo jurar, hermano, que solo fueron siete; pero hay gentes que se saldrán de misa por decir una mentira y quitar un crédito.

Ello es que el tio lo creyó de buenas á primeras, y me achacó todo lo que se habia perdido en la hacienda desde que yo estaba allá: me conjuró y me amenazó para que lo confesara; pero yo jamás he sido mas prudente, ni he tenido mas cuenta con mi lengua. Callé y callará por toda la eternidad, si por toda ella me exijieran estas confesiones; por lo cual enfadado el D. Martín, me encerró en un cuarto y con un bejuco de estos de los cabos de regimiento, me dió un tarea de palos que hasta hoy no puedo volver en mí; y no paró en esto, sino que quitándome todos los trapillos regulares que tenia yo, y mis dos caballitos, me hechó á la calle, quiero decir al camino que era la calle mas inmediata á su casa, jurándome por toda la córte del cielo, que si me volvía á ver por todos aquellos

contornos, me volaria de un balazo; añadiendo que era un pícaro, vagamundo, ladrón y mal agradecido, que lo estaba saqueando después de comerle medio lado. Y así, noramala, pícaro, me decía, noramala, que tú no eres mi sobrino como has pensado, sino un arrimado miserable y viejoso: por eso eres tan indigno, que yo no tengo sobrinos ladrones.

Hasta este punto llegó el enojo de mi tío, y viéndome abandonado, pobre, apaleado y en la mitad del camino, resolví venirme á esta capital como lo verifiqué. Habrá ocho días ó diez que llegué: luego luego fui á buscarte á tu casa y no te hallé en ella ni quien me diera rasondonde vivias. He encontrado á Pelayo, á Sebastian, á Casiodoro, al mayorasgo y á otros amigos, y todos me han dicho que cuanto ha que no te ven. He preguntado por tí á Chepa la Guaja, á la Pisaflores, á Pancha la Larga, á la Escobilla y á otras, y todas me han contestado diciéndome que no saben donde vives. En fin, en este corto tiempo no he perdido momento por saber de tí, y todo ha sido en vano. Dime, pues, ¿por qué les has escusado tu casa?

Yo le respondí que lo uno porque no me fueran á cobrar algunos picos que debía, y lo otro porque mi casa era un cuartito miserable y tan indecente que me daba vergüenza que me visitaran en él.

Aprobó mi arbitrio Januario, á quien le dije: y tú ahora ¿en qué piensas? ¿De qué te mantienes? De *cócora* en los juegos, me respondió, y si tú no tienes destino y quieres pasarlo de lo mismo, puedes acompañarme, que espero en Dios [1] que no nos moriremos de hambre, pues mas ven cuatro ojos que dos. El oficio es fácil de poco trabajo, divertido y de utilidad. ¿Con que quieres?

Tres mas, dije. Pero dime: ¿qué cosa es ser *cócora* de los juegos, ó á quiénes les llaman así. A los que van á ellos, me dijo Januario,

[1] Desatino craso, aunque no nuevo en algunas bocas. Nunca se debe esperar en Dios para tomar una venganza ni satisfacer ninguna pasión pecaminosa, porque esto fuera ultrajar su bondad y su justicia creyéndolo capaz de coincidir con nuestros vicios. Dios permite el pecado, pero no lo quiere.

sin blanca, sino solo é *ingeniarse*, y son personas á quienes los jugadores les tienen algun miedo, porque no tienen que perder, y con una ingeniada muchas veces les hacen un agujero.

Cada vez, le dije, me agrada mas tu proyecto; pero dime: ¿qué es eso de *ingeniarse*? (1) Ingeniarse, me contestó Januario, es hacerse de dinero sin arriesgar un ochavo en el juego. Esto debe de ser muy difícil, dije yo, porque segun he oido decir, todo se puede hacer sin dinero, menos jugar.

No lo creas, Perico. Los *cócoras* tenemos esa ventaja, que nos ingeniamos sin blanca; pues para tener dinero llevando resto al juego, no es menester habilidad sino dicha y adivinar la que viene por delante. La gracia es tenerlo sin puntero.

Pues siendo así, *cócora* me llamó desde este punto; pero dime, Juan, ¿cómo se ingenia uno? Mira, me respondió; se procura tomar un buen lugar [pues vale mas un asiento delantero en una mesa de juego, que en un plaza de toros], y ya sentado uno allí está *vigilando* al montero (2) para cogerle un *zapote* (3) ó verle una puerta (4), y entonces se da un *codazo* (5), que algo le toca al denunciante en estas topadas. O bien procura uno *dibujar* las paradas (6). *marcar* un naipe (7), *arrastrar* un muerto (8), ó cuando no se pueda nada de esto, *armarse* con una apuesta (9) al tiempo que la paguen, y entonces se dice yo soy hombre de bien: á nadie vengo á estafarle nada; y voto á este santo, y juro al otro, y los diablos me lleven si esta apuesta no es

(1) Aunque, como se ha dicho, Perico era un perdido, todavía ignoraba muchas cosas y términos de la escuela de los tunos. Januario fué el que lo acabó de adiestrar.

(2) Espiando sus manejos.—E.

(3) Advertirle alguna trampa.—E.

(4) Observar cuál es la carta primera.—E.

(5) Se avisa á los concurrentes.—E.

(6) Dividir las apuestas de modo que no les toque por completo la rebaja de lo que el montero quita por estar la carta que gana á la puerta.—E.

(7) Doblar la punta, ó hacer alguna otra señal á una carta para ver donde queda después que se baraje.—E.

(8) Cobrar la parada ó apuesta del que se descuida.—E.

(9) Cobrar y porfiar que es cosa suya.—E.

mia; y se acalora la cosa mas, añadiendo: ¿es verdad D. Fulano? Dígalo vd. D. Gitano; de suerte que al fin se queda en duda de quién es el dinero, y el que tiene la apuesta gana. Esta ingeniería es la mas arriesgada, porque puede uno topar con un atravesado que se la saque á palos; pero esto no es lo corriente, y así en las apuradas es menester arriesgarse. Ello es que yo nunca me quedo sin comer ni sin cenar, pues como no hayan pegado las otras diligencias y el juego esté para acabarse, me llevara yo seis ú ocho reales en la bolsa cogiéndome una parada, mas que fuera de mi madre. Pero has de advertir desde ahora para entonces, que nunca te atrevas á arrastrar muertos, ni te armes con paradas que pasen ni aun lleguen á un peso, sino siempre con muertos chiquillos, y paraditas de tres á cuatro reales, que pagados siempre son dobles, y como el interés es corto se pasan, no se advierte en cual de los dos que disputan está el dolo, y uno sale ganancioso; lo que no tiene con las paradas grandes, porque como que interesan, no se descuidan con ellas, sino que están sus amos pelando tantos ojos sobre su dinero, y ahí va uno muy expuesto.

Yo te agradezco, amigo Januario, tus deseos de que yo tenga algun modito con que comer, que cierto que lo necesito bien; así mismo te agradezco, le dije, tus consejos y tus advertencias; pero tengo algun temoreillo de que no me valla á tocar una paliza ó cosa peor en una de estas; porque, la verdad, soy muy tonto y no veterano como tú, y pienso que al primer tapon he de salir, tal vez, con las zurrapas que me cuesten caro, y cuando piense que voy á traer lana, salga trasquilado hasta el cogote.

Se medio enfado Januario con este miedo mio, y me dijo: anda bestia, eres un para nada. ¡Qué paliza ni qué broma! ¡pues que luego luego te han de coger la mácula? Yo no me espantaré de que al principio te temblará la mano para cogerte medio real; pero todo es hacerse, y despues te soplarás hasta los quince y veinte pesos, que-

dándote muy fresco (1) y yo te diré cómo. Ya sabes que los principios son dificultosos: vencidos estos, todo se hace llevadero. Entra con valor á la carrera de los cócoras, que en verdad que es demasiado socorrida, sin temer palizas ni trompadas de ninguno, pues ya has oido decir que á los atrevidos favorece la fortuna, y á los cobardes los repele: tú ya estás no solo abandonado de ella, sino bien repelado: ¿quieres verte peor? Fuera de que, supon que á tí ó á mí nos arman una campaña al cabo de tres ó cuatro meses que hayamos comido bebido, y gastado á costa de los tahures; ¿luego nos han de dar? ¿No pueden recibir tambien de nuestras manos? Y por último, pon que salimos rotos de cabeza, ó una costilla desencajada: con algun riesgo se alquila la casa, no todo ha de ser vida y dulzura, y en ese caso quedan los recursos de los médicos y de los hospitales. Con que, Perico, manos á la obra: sal de miserias y de hambre, que el que no se arriesga no pasa la mar.

A mas de que en la clase de ingeniadas hay otros arbitrios mas provechosos, y quizá con menos peligros. Dímelos por tu vida, le dije, que ya reviento por saberlos.

Uno de ellos, me dijo Januario, es comedirse á tallar ó ayudar á barajar á otros, y este arbitrio suele proporcionar una buena gratificacion ó *gurupiada*, (2) si el amo es liberal y gana; y aunque no sea franco ni gane, el gurupí no puede perder nunca su trabajo como no sea tonto, pues en sabiendo *irse á profundis* seguido, sale la cuenta y muy bien; pero es menester hacerlo con salero, pues si no, va uno muy expuesto.

¿Cómo es eso, le pregunté, de *irse á profundis*, que no entiendo muy bien los términos facultativos de la profesion? *Irse á profundis*,

[1] Estos eran los amigos de Perico y sus consejos. Cierto que el demonio no podia aconsejarle peor. Por esto dijo muy bien el padre Geronimo Dutari, que los malos amigos son los diablos que no espantan.

Ese modo con que aquí lo induce al robo y la fulleria es el que se usa prácticamente, y en la realidad es así: al principio se comienza con miedo; pero despues se hace el vicio familiar. Por eso es lo mejor no comenzar.

[2] Véase la nota del primer tomo sobre esta palabra.—E.

dijo mi maestro, es esconderse el dinero del monte que se pueda, poco á poco, mientras baraja el compañero, fingiendo que se rasca, que se saca el polvo, que se saca un cigarro, que se compone el pañuelo, y haciendo todas las diligencias que se juzgen oportunas para el caso, pero esto ya dije, es menester hacerlo con mucho disimulo, y haciéndolo así, la menor gurupiada te valdrá ocho ó diez pesos.

Tambien es otro arbitrio que tengas en el juego un amigo de confianza, como yo, y sentándose éste junto á tí, á cada vez que se descuide el dueño del dinero, le das cuatro pesetas fingiendo que le cambias un peso. Este dinero lo juega el compañero con valor; si se le arranca, lo vuelves á habilitar con nuevas pesetas: cuando le pagues le das siempre dinero de más para engordar la polla, sin miedo ninguno, pues como el dueño del monte te tenga por hombre de bien, harás de él cera y pabulo. Si está ganando, el dinero lo deslumbrará; y si está perdiendo, la misma pérdida lo cegará: de manera que jamás reflexionará en tu diligencia, que mil veces es excelente, pues yo he visto otras tantas desmontar entre el gurupí y el palero (que así se llaman estos compañeros), con el mismo dinero del monte. En este caso no salen los dos juntos, sino separados para no despertar la malicia y en cierto lugar se unen, se parten la ganancia y aleluya.

El tercero, más liberal y pronto arbitrio, es entregar todo el monte en un albur, si el compañero tiene plata para pagarlo; y si no la tiene, en distintos albures, que al fin resulta el mismo efecto que es desmontar. Pero para esto es preciso que así el gurupí como el palero sean muy diestros; y todo consiste en la friolera de amarrar los albures, poner la baraja al mismo en disposicion de que conociendo por donde está el mollete, alee por él y salgan los albures puestos, teniendo entre los dos compactado con anticipacion si se ha de apostar á la judía ó á la contrajudía, á la de fuera ó á la de den-

tro, ó á la una y una, para no equivocarse y perder el dinero tontamente, que eso se llama *hacer burro con bola en mano*.

Para entrar en esta carrera y poder hacer progresos en ella, es indispensable que sepas *amarrar, zapotear, dar boca de lobo, dar ras-trillazo, hacer la hueca, dar la empalmada, colearte, espejarte*, y otras cositas tan finas y curiosas como estas, que aunque por ahora no las tiendas poco importa, (1) yo te las enseñaré dentro de quince ó veinte dias, que como tú te apliques y no seas tonto, con ese tiempo basta para que salgas maestro con mis lecciones.

Mas es de advertir que para salir con aire en las mas ocasiones, es necesario que trabajes con tus armas; y así es indispensable que sepas hacer las barajas. Esa es otra, dije yo muy admirado; ¿pues no ves que eso es un imposible, respecto á que me falta lo mejor que es el dinero? Pero ¿para qué quieres dinero para eso? me preguntó Juanuario. ¿Cómo para qué? le dije: para moldes, papel, pinturas, engrudo, prensas, oficiales y todo lo que es menester para hacer barajas; y fuera de esto, aunque lo tuviera no me arriesgaría á hacerlas, ¿no ves que donde nos cogieran nos despacharian á un presidio por contrabandistas?

Rióse á carcajada suelta Juan Largo de mi simplicidad, y me dijo: se echa de ver que eres un pobre muchacho inocente, y que todavía tienes la leche en los labios. Camote, para hacer las barajas como yo te digo, no son menester tantas cosas ni dinero como tú has pensado. Mira, en la bolsa tengo todos los instrumentos del arte; y diciendo esto me manifestó unos cuadrilonguitos de hoja de lata, unas tijeritas finas, una poquita de cola de boca y un panecito de tinta de China.

Quedéme yo azorado al ver tan poca herramienta, y no acababa

[1] Bien pudo Periquillo haber explicado aquí el mecanismo de estas fule-rias; pero sin duda las calló con estudio, deseando prevenir á los lectores incautos en los peligros del juego, sin enseñarlos á maliciosos. Es bueno saber que hay drogas, pero no saber hacerlas.

de creer que con solo aquello se hiciera una baraja; pero mi maestro me sacó de la suspension, diciéndome: tonto, no te admires: el hacer las barajas en el modo que te digo no consiste en pegar el papel, abrir los moldes, imprimirlas y demas que hacen los naiperos: ese es oficio aparte. Hacerlas al modo de los jugadores, quiere decir hacerlas floreadas; esto se hace sin más que estos pocos instrumentitos que has visto, y con solo ellos se recortan ya anchas, ya angostas, ya con esquinas que se llaman *orejas*, ó bien se pintan, se raspan (que dicen baciar) ó se trabajan de *pegues*, ó se hacen cuantas habilidades uno sabe ó quiere, todo con el honesto fin de dejar sin camisa al que se descuide.

La verdad, hermano, dije yo, todos tus arbitrios están muy buenos; pero son unos robos y declarados latrocinios, y creo que no habrá confesor que los absuelva. ¡Vaya, vaya, dijo Enero meneando la cabeza, pues estás fresco! ¿Con que ahora que andas allí todo descarriado, sin casa, sin ropa, sin que comer y sin almena de que colgarte, vas dando en escrupuloso? ¡Majadero! ¿pues si eres tan virtuoso para qué te saliste del convento? ¿No fuera mejor que te estuvieras allí comiendo de coca y con seguridad, y no andar ahora de aquí para allí y muriéndote de hambre?

Vamos, que ciertamente he sentido la saliva que he gastado contigo y las luces que te he dado por tu bien, y por no verte perecer. Bestia, si todos pensarán en eso; si reflexionaran en que el dinero que así ganan es robado, que debe restituirse, y que si no lo hicieren así se los llevará el diablo; ¿crees tú que hubiera tanto haragan que se mantuviera del juego como se mantienen? ¿Te parece que estos juegan suerte y verdad, y así se mantienen? No, Perico: estos juegan con la larga (1) y siempre con su pedazo de diligencia, si nó ¿cómo se habian de sostener? Ganarian un dia del mes y perderian

(1) Alusion al juego del billar ó al del truco, pues que el primero no estaba en aquella época muy generalizado.—E.

veintinueve, pues ya has oido decir que el juego más quita que dá, y esto es muy cierto en queriendo ser muy escrupuloso; porque el que limpio juega, limpio se va á su casa; pero por esta razon, estos señoritos mis camaradas y compañeros, ántes de entrar en el giro de la fullería, lo primero que hacen es esconder la conciencia debajo de la almohada, echarse con las petacas y volverse corrientes. Bien que no he conocido uno que no tenga su devocion. Unos rezan á las Animas, otros á la Santísima Virgen, éste á San Cristóbal aquel á Santa Gertrudis, y finalmente, esperamos en el señor que nos ha de dar buena muerte (1). Con que no seas tonto, Periquillo, elige tu devocion particular, y anda, hombre, anda, no tengas miedo; peor será que pegues la boca á una pared (2); porque donde tú no lo busques, está seguro que haya quien te dé ni un lazo para que te ahorques. Ya has visto lo que te acaba de pasar con tus tios, Con que si entre los tuyos no hallas un pedazo de pan, ¿qué esperanzas te quedan en adelante? Ahora estoy yo en México, que soy tu amigo y te puedo enseñar y adiestrar; si dejas pasar esta ocasion, mañana me voy y te quedas á pedir limosna; porque no á todos los *hábiles* les gusta enseñar sus habilidades, temerosos de criar cuervos que á ellos mismos tal vez mañana ú otro dia les saquen los ojos. En fin, Perico, harto te he dicho. Tú sabrás lo que harás que yo lo hago nomás de pura caridad (3).

Como por una parte yo me veia estrechado de la necesidad, y sin ser útil para nada, y por otra, los proyectos de Enero eran demasiado lisonjeros, pues me facilitaba nada ménos que tener dinero sin trabajar, que era á lo que yo siempre habia aspirado, no me fué

(1) Esperanza pésima. No se debe esperar en Dios para ofenderlo, ni valen para esto las devociones de los santos, ántes es una injuria el invocarlos, creyendo que intercederán con Dios por los que lo ofenden en esa confianza.

(2) No es peor estar pobre que ser ladrón; pero en la práctica se ve que muchos por no ser pobres son ladrones y cuanto malo hay.

(3) ¡Buena caridad! Así son muchas caridades que se ven en el mundo.

difícil resolverme; y así le dí las gracias á mi maestro, reconociéndolo desde aquel instante por mi protector, y prometiéndole no salir un punto de la observancia de sus preceptos, arrepentido de mis escrúpulos y advertencias, como si debiera el hombre arrepentirse jamas de no seguir el partido de la iniquidad; pero lo cierto es que así lo hacemos muchas veces.

Durante esta conversacion, advirtió Januario que yo tenia los labios blancos, y me dijo: tú, segun me parece, no has almorzado. Ni tampoco me he desayunado, le respondí; y cierto que ya serán las dos y media de la tarde. Ni la una ha dado, dijo Januario; pero el reloj de los estómagos hambrientos siempre anda adelantado; así como se atrasa el de los satisfechos. Por ahora no te aflijas: vamos á comer.

¡Santa palabra! dije yo entre mí, y nos marchamos.

Aquel era el primer dia que yo experimentaba todo el terrible poder del hambre, y quizá por eso luego que puse el pié en el umbral de la fonda, y me dió en las narices el olor de los guisados, se me alegró el corazon de manera que pensé que entraba por lo ménos en el paraíso terrenal.

Sentámonos á la mesa, y Januario pidió con mucho garbo dos comidas de á cuatro reales y un cuartillo de vino. Yo me admiré de la generosidad de mi amigo, y temeroso no fuera á salir con alguna de las suyas despues de haber comido, le pregunté si tenia con que pagar, porque lo que habia pedido valia siquiera un par de pesos. El se sonrió y me dijo que sí, y para que comiese yo sin cuidado, me mostró como seis pesos en dinero doble y sencillo.

En esto fueron trayendo un par de tortas de pan con sus cubiertos: dos escudillas de caldo: dos sopas, una de fideo y otra de arroz, el puchero, dos guisados, el vino, el dulce y el agua; comida ciertamente frugal para un rico, pero á mí me pareció de un rey, ó por lo ménos de un embajador, pues si á buena hambre no hay mal pan

aunque sea malo, cuando el pan es de por si bueno, debe parecer inmejorable por la misma regla. Ello es que yo no comia, sino que engullia, y tan aprisa, que Januario me dijo: despacio, hombre, despacio, que no nos han de arrebutar los platos de delante.

Entre la comida menudeamos los dos el vino, lo que nos puso bastante alegres; pero se concluyó, y para reposarla sacamos tabaco y seguimos platicando de nuestro asunto.

Yo con más curiosidad que amistad le pregunté á mi mentor ¿que donde vivia? A lo que el me respondió que no tenia casa ni la habia menester, porque todo el mundo era su casa.

¿Pues dónde duermes? le dije. Donde me coge la noche; me respondió: de manera que tú y yo estamos iguales en esto y en ajuar y ropa; porque yo no tengo más que lo encapillado.

Entónces asombrado le dije: ¿pues cómo has gastado con tanta liberalidad? Eso, respondió, no lo extrañes; así lo hacemos todos los *cócoras* y jugadores cuando estamos de *vuelta*: quiero decir, cuando estamos gananciosos, como yo, que anoche con una parada con que me armé y la *fleché* con valor, hice doce pesos; porque yo soy trepador cuando me toca, esto es, apuestó sin miedo, como que nada pierdo aunque se me arranque, y tengo la puerta abierta para otra ingeniada.

Quizá por esto, dije yo, he oido decir á los monteros que más miedo tienen á un real dado ó arrastrado en mano de los *cócoras* como tú, que á cien pesos de un jugador. Por eso es, dijo Juan Largo; porque nosotros como siempre *vamos en la verde*, esto es, no arriesgamos nada, poco cuidado se nos dá que despues de acertar ocho albures con cuatro reales á la dobla, en el noveno nos ganen ciento veinte pesos; porque si lo ganamos, hacemos doscientos cincuenta y seis, y si lo perdemos, nada perdemos nuestro, y en este caso ya sabemos el camino para hacer nuevas diligencias.

No así los que van al juego a *flechar* (1) el dinero que les ha costado su sudor y su trabajo; pues como saben lo que cuesta adquirirlo, le tienen amor, lo juegan con *conducta*, y estos son siempre cobardes para apostar cien pesos, aun cuando ganan, y por eso les llaman *pijoteros*.

Esta misma es la causa de que nosotros, cuando estamos de vuelta somos liberales, y gastamos y triunfamos francamente, porque nada nos cuesta, ni aquel dinero que tiramos es el último que esperamos tener por ese camino.

Tú desengáñate: no hay gente mas liberal que los mineros, los dependientes que manejan abiertamente el dinero de sus amos, los hijos de familia, los tahures como nosotros, y todos (2) los que tienen dinero sin trabajar ó manejan el ageno cuando es dificultoso hacerles un cargo exacto.

Pero hombre, le dije: yo no dudo de cuanto dices, pero ¿has comprado siquiera una sábana ó frazada para dormir? Ni por un pienso me meteré yo en eso por ahora, me respondió Januario: no seas tonto, si no tengo casa, ¿para que quiero sábana? ¿Dónde la he de poner? ¿La he de traer á cuestras? Tú te espantas de poco. Mira: los jugadores como yo, hacemos el papel de cómicos; unas veces andamos muy decentes, y otras muy trapientos: unas veces somos casados, y otras viudos: unas veces comemos como marqueses, y otras como mendigos, ó quizá no comemos: unas veces andamos en la calle, y otras estamos presos: en una palabra, unas veces la pasamos bien, y otras mal; pero ya estamos hechos á esta vida: tanto se nos dá por lo que vá como por lo que viene. En esta profesion lo que importa es hacer á un lado el alma y la vergüenza, y creeme que haciéndolo así se pasa una vida de ángeles.

Algo me mosqué yo con una confesion tan ingenua de la vida arrastrada que iba á abrazar, y mas considerando que debia ser verda-

[1] Arriesgar.—E.

[2] No todos, sino todos los que proceden mal.

dera en todas sus partes, como que Januario hablaba inspirado del vino, que rara vez es oráculo mentiroso, antes casi siempre, entre mil cualidades malas, tiene la buena de no ser lisongero ni falso; pero aunque segun el inspirante, debia variar de concepto como varié, no me dí por entendido, ya por no disgustar á mi bienhechor, y ya por experimentar por mí mismo si me tenia cuenta aquel género de vida; y así solo me contenté con volverle á preguntar ¿que dónde dormia? A lo que él sin turbarse, me dijo redondamente.—

Mira: yo unas veces me quedo de postema en los bailes y paso el resto de las noches en los canapés: otras me voy á una fonda y allí me hago piedra, y otras, que son las mas, la paso en los *arrastraderitos*. Así me he manejado en pocos dias que llevo en México, y así espero manejarme hasta que no me junte con quinientos ó mil pesos del juego, que entonces será preciso pensar de otra manera.

Y ¿cuales son los *arrastraderitos*, le pregunté, y con que te tapas en ellos? A lo que el me contestó: los *arrastraderitos* son esos truitos indecentes é inservibles (1) que habrás visto en algunas accesorias. Estos no son para jugar, porque de puro malos no se puede jugar en ellos ni un real; pero son unos pretestos ó alcahueterias para que se juegen en ellos sus albuces, y se pongan unos montecitos miserables.

En estos *socuchos* juegan los pillos, *cuchareros* y demas gente de última brosa. Aquí se juega casi siempre con droga; y luego que se mete allí algun inocenton le mondan la *picha* (2) y hasta los calzones si los tiene. A estos jugadores bizoños y que no saben la malicia de la carrera, les llaman *pichones*, y como tales, los descañonan en dos por tres. En fin, en estos dichos *arrastraderos*, como que todos los concurrentes son gente perdida, sin gota de educacion ni crianza, y aun si tienen religion, sábelo Disos, se roba, se bebe, se

(1) De muchos años á esta parte los han sustituido en unos billarcitos de la misma clase.—E.

(2) Frazada ó sábana vieja y raída para cubrirse.—E.

juega, se jura, se maldice, se reniega, etc., sin el mas mínimo respeto; porque no tienen ninguno que los contenga como en los juegos mas decentes.

En uno de estos me quedo las mas noches, á costa de un realito que le doy al coime, y si tengo dos me presta la carpeta ó un capotito ó frazada llena de piojos de las que hay empeñadas, y así la paso. Con que ya te respondí, y mira si tienes otra cosa que saber, porque preguntas mas que un catecismo.

Si antes estaba yo cuidadoso con la pintura que me hizo de la videta cocorina, despues que le dió los claros y las sombras que le faltaban con lo de los arrastraderos, me quedé frio, pero con todo, no le manifesté mal modo, y me hice el ánimo de acompañarlo hasta ver en que paraba la comedia de que iba yo tan pronto á ser actor.

Salimos de la fonda y nos anduvimos azotando las calles (1) toda la tarde. A la noche á buena hora nos fuimos al juego. Enero comenzó á jugar sus medicillos que le habian sobrado, y se le arrancaron en un abrir y cerrar de ojos; pero á él no se le dió nada. Cada rato lo veia yo con dinero, y ya suyo, ya ageno, el no dejaba de manejar monedas; ello, á cada instante tambien tenia disputas, reconveniciones y reclamos, mas el sabia sacudirse y quedarse con bola en mano.

Se acabó el juego como á las once de la noche, y nos fuimos para la calle. Yo iba pensando que leiamos el Concilio *Nicensis* por entónces; pero salí de mi equivocacion cuando Juan Largo tocó una accesoría, y despues que hizo no sé que contraseña, nos abrieron; entramos y cenamos no con la decencia que habiamos comido, pero lo bastante á no quedarnos con hambre.

Acabada la cena, pagó Enero y nos salimos á la calle. Entónces le dije: hombre, estoy admirado, porque ví que se te arrancó (2)

[1] Paseando por ellas sin objeto y por solo andar ó pasar el tiempo.—E.

[2] Arrancársele, quier decir entre jugadores, quedarse sin blanca.—E.

juego que entramos al juego, y aunque estuviste manejando dinero, jurara que habias salido sin blanca; y ahora veo que has pagado la cena: no hay remedio tú eres brujo.

No hay mas brujería que la que te tengo dicho. Yo lo primero que hago es reunir y esconder seis ú ocho realillos para la amanecida (1), de la primera ingeniada que tengo. Asegurado esté, las demas ingeniadas se juegan con valor á si trepan. Si trepa alguna, bien; y si nó, ya se pasó el dia, que es lo que importa.

En estas pláticas llegamos á otra accesoría mas indecente que aquella donde cenamos. Tocó mi Mentor, hizo su contraseña, le abrieron, y á la luz de un cabito que estaba espirando en un rincon de la pared, ví que aquel era el *arrastraderito* de que ya tenia noticia.

Habló Enero en voz baja con el dueño de aquel infernal garito, que era un mulato envuelto en una manga azul, y ya se habia encerrado para acostarse, y éste nos sacó dos frazadas muy sucias y rotas y nos las dió diciendo: solo por ser vd. mi amigo, me he levantado á abrir, que estoy con un dolor de cabeza que el mundo se me anda; y sería cierto, segun la borrachera que tenia.

No eramos nosotros los únicos que hospedaba aquella noche e ltruno empelotado. Otros cuatro ó cinco pelagatos, todos encuerados, y á mi parecer medio borrachos, estaban tirados como cochinos por la banca, mesa y suelo del truquito.

Como el cuarto era pequeño, y los compañeros gente que cena su cio y frio, y bebe pulque y chinguirito (2), estaban haciendo una salva de los demonios, cuyos pestilentes ecos sin tener por donde salir remataban en mis pobres narices, y en un instante estaba yo con una jaqueca que no la aguantaba, de modo que no pudiendo mi estómago sufrir tales incensarios, arrojó todo cuanto habia cenado pocas horas antes.

Enero advirtió mi enfermedad, y percibiendo la causa me dijo:

[1] Para tener con que amanecer.—E.

[2] Aguardiente de caña.—E.

pues amigo, estás mal; eres muy delicado para pobre. No está en mi mano, le respondí, y él me dijo: ya lo veo; pero no te haga fuerza, todo es hacerse, y esto es á los principios, como te dije esta mañana; pero vámonos á acostar á ver si te alivias.

A la ruidera de la evacuacion de mi estómago, despertó uno de aquellos *léperos*, y así como nos vió comenzó á echar sapos y culebras por aquella boca de demonio, Qué rotos tales de m..... decia; por qué no irán á vomitarse sobre la tal que los parió, ya que vienen borrachos, y no venir á quitarle á uno el sueño á estas horas.

Januario me hizo seña que me callara la boca, y nos acostamos los dos sobre la mesita del billar, cuyas duras tablas, la jaqueca que yo tenia, el miedo que me infudieron aquellos encuerados, á quienes piadosamente juzgué ladrones, los innumerables piojos de la frazada, las ratas que se paseaban sobre mí, un gallo que de cuando en cuando aleteaba, los ronquidos de los que dormian, los estórnudos traseros que disparaban, y el pestífero zahumerio que resultaba de ellos, me hicieron pasar una noche de los perros.

CAPITULO III

Prosigue PERIQUILLO contando sus trabajos y sus bonanzas de jugador. Hace una séria crítica del juego, y le sucede una aventura peligrosa que por poco no la cuenta.

Contando las horas y los cantos del gallo estuve toda la noche sin poder dormir un rato, y deseando la venida de la aurora para salir de aquella mazmorra, hasta que quiso Dios que amaneció, y fueron levantandose aquellos bribones encuerados.

Sus primeras palabras fueron desvergüenzas, y sus primeras solicitudes se dirigieron á *hacer la mañana*. Luego que los oí, los tube por locos, y le dije á Januario: estos hombres no pueden menos que estar sin gota de juicio, porque todos ellos quieren hacer la mañana.

¡Qué locura tan graciosa! ¿Pues qué piensan que no esta hecha? ¿O se creen ellos capaces de una cosa que es privativa de Dios?

Se rió Januario de gana, y me dijo: se cónoce que hasta hoy fuiste tunante á medias, pillo decente y zángano vergonzante. En efecto; ignoras todavía muchos de los términos mas comunes y trillados de la dialéctica leperuna; pero por fortuna me tienes á tu lado, que no perderé ningunas ocasiones que juzgue propias para instruirte en cuanto pueda conducir á sacarte un diestro veterano, ya sea entre los pillos decentes, ya sea entre los de la chichi pelada, (1) como son éstos.

Por ahora sábetese que *hacer la mañana* entre esta gente, quiere decir desayunarse con aguardiente, pues estan reñidos con el chocolate y el café, y mas bien gastan un real ó dos á estas horas en *chinguirito* malo, que un porsillo del mas rico chocolate.

Apenas salí de esa duda, cuando me puso en otras nuevas uno de aquellos zaragates que, segun supe, era oficial de zapatero; pues le dijo á otro compañero suyo: Chepe, (2) vamos á hacer la mañana y vámonos á trabajar, que el sábado quedamos con el maestro en que hoy habiamos de ir, y nos estará esperando. A lo que Chepe respondió: vaya el maestro al tal, que yo no tengo ni tantitas ganas de trabajar hoy por dos motivos. El uno porque es *San Lunes*, y el otro porque ayer me emborraché y es fuerza curarme hoy.

Suspense estaba yo escuchando aquellas cosas, que para mí eran enigmas, cuando mi maestro me dijo: has de saber que es un abuso muy viejo y casi irremediable entre los mas de los oficiales mecánicos no trabajar los lunes, por razon de lo estragados que quedan con la

(1) Echada la sábana ó frazada sobre el hombro izquierdo y terciada bajo el brazo derecho como acostumbran esas gentes, queda descubierta la teta derecha cuando no hay camisa ú otra ropa: y como *chichi* en mexicano quiere decir *teta* ó pecho, la frase se aplica á los que tienen el pecho de fuera ó andan sin camisa por no usarla.—E.

(2) Lo mismo que Pepe ó José.—E.